

## El momento etnográfico: Giddens, Garfinkel y los problemas de la etnosociología

---

Pablo Santoro

Universidad Complutense de Madrid

pablosan2001@hotmail.com

### RESUMEN

La relación problemática que se debe establecer entre las teorías y modelos de la sociología científica y aquellas que comparten los actores sociales, y que Giddens denomina «conocimiento mutuo», ha preocupado tradicionalmente a las ciencias sociales. Este trabajo se aproxima a las cuestiones suscitadas por ese conflicto de representaciones de la sociedad a través de la comparación entre dos perspectivas teóricas fuertemente influenciadas por el giro hermenéutico de la teoría social. A partir de la evaluación que Anthony Giddens realiza de los aciertos y errores de la etnometodología se expondrán algunas de las ideas que la teoría de la estructuración plantea respecto del papel del conocimiento que los individuos comparten sobre la realidad social. Por último, después de exponer ciertas críticas al programa de Giddens, se propone la utilización del término «etnosociología» como forma de plasmar esta doble hermenéutica.

*Palabras clave:* Etnografía, Etnometodología, Anthony Giddens, Harold Garfinkel.

---

Esta breve reflexión trata de acercarse, a través de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, al espinoso y crucial problema de la relación entre las teorizaciones que producen los sociólogos y las teorías «naturales» con las que el individuo común orienta su conducta social. El desarrollo en los últimos dos siglos de la sociología como disciplina especializada que acomete la singular empresa de producir descripciones y explicaciones científicas de la vida en sociedad ha supuesto una cierta confrontación entre el creciente acervo de teorías sociológicas y el conocimiento que históricamente, y de manera casi natural, producen los individuos sobre el ambiente social en el que llevan a cabo su acción, confrontación que Giddens explica a través de dos posturas antagónicas: por un lado, los sociólogos tratan de comprobar y corregir las ideas del sentido común, que consideran sesgadas, acientíficas e ideológicas; por el otro, los actores sociales juzgan la mayoría de las veces las teorías sociológicas como una repetición, o una reformulación en otros términos, de lo que ya saben, de lo que es evidente para todos. Por el simple hecho de vivir en sociedad y gracias a la capacidad del ser humano de pensar reflexivamente su acción, los actores sociales generan modelos que les permiten representarse sus actos y los del resto de individuos como acciones con sentido, entrelazándose finalmente en una disposición general de los procesos y hechos sociales, y de manera simultánea en una representación de la sociedad. De tal modo podemos encontrar, en la orientación de cualquier acción social hacia la que desviemos nuestra atención, todo un conjunto de suposiciones, intuiciones, imágenes, conceptos y teorías que, en diferentes grados de elaboración y de abstracción, pretenden construir una imagen verdadera de lo social, acompañando y dotando de un significado la conducta de los sujetos en relación con la conducta de los otros; es esta contextualización semántica de la acción la que, al asignarle un sentido por referencia a las instituciones y a los actos del resto de los individuos, nos permite describir, desde el propio punto de vista del actor, la socialidad de su comportamiento. Es evidente, pues, que los individuos explican sus cursos de acción, recurriendo para ello a modelos articulados en los cuales insertan su comportamiento como parte de una representación general, que se pretende fáctica, de la sociedad en la que viven, y que estas representaciones y contextualizaciones de la acción, fruto del razonamiento casi impulsivo sobre los contextos en los que se produce la conducta, resultan de interés para la sociología al formar parte integrante de la propia acción. Así, a la hora de emprender una investigación sobre algún tipo de proceso o estructura social, el sociólogo se enfrenta a una realidad no sólo pre-interpretada, sino doblemente compleja (en tanto que acoge la misma descripción de esa realidad), con lo cual inmediatamente debe plantearse las implicaciones y problemas de la relación entre la explicación que trata de conseguir y las descripciones que los individuos realizan de esa misma realidad. Este conflicto ha preocupado profundamente a los analistas sociales durante toda la historia de la sociología, proyectándose sobre cuestiones centrales de la teoría sociológica como la dialéctica ente explicación y comprensión, la teoría de la acción o la cientificidad de la empresa sociológica.

El viraje reflexivo de la teoría social en el último tercio del siglo xx ha complejizado el problema, que antes quedaba definido más bien como un problema de adecuación (¿cuál de las descripciones es más exacta?, ¿cuál proporciona un conocimiento más preciso sobre la verdad de lo social?), al llamar con virulencia la atención sobre las propiedades fácticas (performativas) del saber común, sobre las relaciones entre realidad y representación. El giro hacia los problemas de la comunicación del sentido, el lenguaje y los rasgos constructivos del conocimiento reubicó la cuestión en el centro del esquema de la acción: el conocimiento hábil demostrado por los individuos pasó a ser evaluado como el elemento determinante, no solamente de la acción tal y como es emprendida por el sujeto, sino de toda la construcción y existencia de la propia situación. Las escuelas sociológicas de los años sesenta, rechazando con ínfulas de radicalismo la hegemonía del objetivismo positivista y funcionalista, fundamentaron sus posturas en una generalización, y abuso por tanto, del teorema de Thomas y del papel del conocimiento en el esquema de la acción; esto condujo a una imparable oleada de relativismo, idealizando el papel de los sujetos en la constitución de la situación, y a una remisión general de los fundamentos de la teoría sociológica a los contextos micro. La revalorización brutal del pensamiento lego, que desvió la investigación social hacia los contextos de la vida cotidiana, se vio así acompañada por una devaluación de la fundamentación científica de la sociología. Esta opción, producida casi como un gesto de rechazo *estético* del funcionalismo, sería llevada cerca de su paroxismo por la etnometodología, que trató de reducir todo componente de la acción de los sujetos —y en último término de la realidad— al conocimiento referencial de los actos de lenguaje cotidianos.

El problema de fondo, el conflicto entre ambos tipos de representación de la sociedad, quedaba sin embargo sin solución; un terreno pantanoso, casi imposible de transitar, separaba aún los dos dominios. La obra de Anthony Giddens, que guiará este artículo, surge dentro de un contexto socioteórico diferente: la provocación y rebeldía de los sesenta se verá sustituida por un proyecto de evaluación, recuperación e integración de la historia de la teoría sociológica, que Giddens, a la par que otros grandes teóricos bien conocidos (Bourdieu, Luhmann...), afrontará mediante la recuperación de lo estructural. Pero el punto de apoyo de la teoría de la estructuración que elabora Giddens se encontrará no en el hecho sistémico *à la* Luhmann, sino en la reflexividad entre acción y conocimiento en la conducta de los actores sociales. En este artículo pretendemos efectuar un contraste entre la etnometodología y la teoría de la estructuración con el objeto de visualizar la constelación de problemas que nos aparecen ante los ojos al pretender relacionar el conocimiento generado por la sociología científica con el conocimiento mutuo que comparten los actores sobre su propio contexto social. A ello nos ayudará la fundación de ambas teorías en el hecho de la acción cognosciente de los sujetos.

A esta parcela de conocimiento que los seres humanos, en tanto seres sociales, comparten y utilizan sobre la sociedad en la que llevan a cabo sus vidas es a lo que denominaremos etnosociología. Como argumentaremos al final del trabajo, este término nos parece más correcto que el empleado por Giddens («conocimiento mutuo»), ya que permite, por su identificación con la sociología, valorar determinadas formas elaboradas del conocimiento de los actores legos como algo legítimo y con un cierto interés teórico y, simultáneamente, bosquejar un modelo que incluya la participación de la sociología científica en las prácticas sociales a través de su difusión y puesta en conocimiento de los individuos; no nos permite desempantanar el espacio ente ambas estrategias de representación, pero sí señalar algunas de las rutas por donde pudiera ser transitable. A partir de este detalle terminológico, que recubre una pequeña discusión de algunos aspectos de la teoría de la estructuración, intentaremos mostrar ciertas líneas que permanecen sin explorar alrededor de la obra de Giddens.

## 1. LA TEORÍA DE LA ESTRUCTURACIÓN Y LA HERMENÉUTICA DEL ACTOR ORDINARIO

El esfuerzo sintético de Giddens y el papel mediador que él mismo atribuye a su teoría entre la tradición sociológica clásica y los desarrollos constructivistas impulsados por el giro hermenéutico de la ciencia social quieren ser comprendidos como una propuesta de reevaluación de los caminos emprendidos por la sociología, especialmente la anglosajona, después de la crítica y abandono del estructural-funcionalismo y la reorientación del marxismo tradicional. Consciente de que la exploración interpretativa emprendida tras los pasos de la fenomenología, la hermenéutica europea y el post-estructuralismo puso, en palabras de Zygmunt Bauman, «*el oscilante péndulo de preocupaciones sociológicas en total desequilibrio y le ayudó a alcanzar rápidamente el punto donde la energía cinética se reduce a cero y el único movimiento posible es un giro hacia atrás*» (Bauman: 1989: 35), la teoría de la estructuración de Giddens, formulada esencialmente entre 1976, fecha de *Las nuevas reglas del método sociológico*, y 1984, fecha de *La constitución de la sociedad*, promete asimilar la caída del péndulo y encarar la vía de retorno hacia posiciones menos idealistas sin renunciar a los hallazgos positivos de estas escuelas. Giddens situó desde el principio su proyecto en esta perspectiva histórica, mostrándose interesado en recuperar una teoría sociológica más preocupada por la «ontología» de lo social que por los problemas epistemológicos a los que las sociologías interpretativas parecían haber reducido la discusión teórica. La decidida apuesta por esta vía conciliadora se expresa en el papel principal que concede Giddens en su teoría a los procesos de interpretación y al conocimiento reflexivo, compensada por un igual protagonismo terminológico de nociones como estructura o poder.

El punto de partida de Giddens no es, sin embargo, como ha sido criticado por varios autores (Thompson, 1989; Archer, 1990), el hecho estructural y los factores institucionales de la sociedad, sino el reconocimiento central del carácter reflexivo de la acción de los individuos. Giddens coloca la reflexividad, entendida como el conocimiento que los actores tienen de su acción y del contexto en el que se desarrolla, en el centro de su teoría y de la constitución de la realidad social. El conocimiento no es un elemento externo respecto de un hecho dado, sino que es en sí mismo parte constitutiva de las prácticas sociales y, por tanto, de la realidad: *«la reflexividad, entonces, no se debe entender como mera “autoconciencia”, sino como el carácter registrado del fluir corriente de una vida social [...] El registro reflexivo de una acción supone una racionalización, entendida aquí más como un proceso que como un estado, y como parte intrínseca de la competencia de unos agentes»* (CS, 41)<sup>1</sup>. El actor dibujado por Giddens se define, como recapitula García Selgas, por la posesión de *«una gran cantidad de conocimientos (prácticos) sobre lo que hace, las circunstancias en las que lo hace y las reglas y recursos que lo posibilitan. Este conocimiento práctico y compartido, que Giddens llama mutual knowledge, y que estaría apoyado en las creencias básicas de sentido común, permite al ser humano interactuar con un mínimo de seguridad, esto es, le permite convertirse y constituirse en agente social, a la vez que da asiento a la reflexividad y a la recursividad de la acción social»* (García Selgas, 1994: 129). Sin embargo, la acción evaluada desde el punto de vista del actor no puede constituir la totalidad social; existen, desde lo institucional, limitaciones de recursos (el hecho del poder), así como, en la propia cadena de la acción, condiciones inadvertidas por los actores y consecuencias no intencionales, elementos todos que nos obligan a considerar la acción en relación con la estructura y llevan a Giddens a completar la reflexividad de los actores sociales con un modelo de reproducción recursiva de la realidad.

Pero en el propio conocimiento reflexivo que poseen los actores sociales no existe únicamente una vertiente de *creación* de nuevos órdenes; complejo y bifronte, el conocimiento también contiene la semilla de la *re-creación*: *«La recursividad de la acción radica en que los agentes en, y por, sus actividades reproducen las condiciones que hacen posible que su acto sea parte de la acción social, pues su acción podría haber sido otra y/o de otra índole [...] En el centro de esa recursividad, aparece la competencia de los agentes, cuya capacidad cognitiva tiene la reflexividad que les permite controlar (“reflexive monitoring”) tanto lo que están haciendo, como las reacciones de los demás, y las circunstancias en que todo sucede»* (García Selgas, 1994: 127). Reflexividad y recursividad, producción y reproducción, aparecen entonces irremediabilmente ligadas en la misma acción de los sujetos.

<sup>1</sup> Adoptaremos en el trabajo para referirnos a las obras de Giddens el método de abreviaturas comúnmente utilizado por el propio Giddens y sus críticos: *Central Problems in Social Theory*, CPST (Giddens, 1979); *Las nuevas reglas del método sociológico*, NRMS (Giddens, 1987); *La constitución de la sociedad*, CS (Giddens, 1995); *Política, sociología y teoría social*, PSTS (Giddens, 2001a); *En defensa de la sociología*, DS (Giddens, 2001b).

Desde aquí es desde donde Giddens enuncia su teorema de la doble estructuración: «*la constitución de agentes y la de estructuras no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, no forman un dualismo sino que representan una dualidad*» (CS, 61). Los factores estructurales son, pues, abordados solamente después de remitir la constitución social al terreno de la acción. De hecho, en un intento por reformular el concepto funcionalista, Giddens propone entender la estructura menos como un hecho social que como una cierta regularidad de la acción: «*La estructuración de instituciones se puede comprender por referencia a actividades sociales que “se estiran” por amplios segmentos de espacio-tiempo*» (CS, 22). La lógica de esta estructuración es ejemplificada por Giddens a través de un paralelismo lingüístico, de tal modo que la estructura es definida como «*los sistemas de reglas y recursos generativos*» (NRMS, 128) que orientan y guían la conducta de los individuos. Esta definición prolonga un símil heurístico que la teoría de la estructuración propone entre la sociedad y el lenguaje. Varias veces ha aclarado Giddens que esta comparación no implica sino una analogía operativa que nos permite comprender, a través del modelo dialéctico de la lengua y el habla, cómo debería ser entendida la recursividad de los sistemas sociales. Sin embargo, no puede negarse que la apuesta de la teoría de la estructuración por la recursividad de la acción como punto de partida de las constricciones sociales escora hasta cierto punto el péndulo del lado del nominalismo, como parecen mostrar afirmaciones como ésta: «*Dicho de otro modo, la “sociedad” no es una entidad, no tiene una presencia de espacio-tiempo; existe únicamente en la medida en que las prácticas sociales la reproducen en una diversidad indefinida de contextos*» (PSTS, 21). La herencia que la teoría de la estructuración recupera de la tradición constructivista es, pues ésta deriva hacia la acción, lo hermenéutico y los métodos comprensivos, que Giddens trata de reformular en un modelo general para que dé cabida a las propiedades estructurales de la sociedad.

La opción de Giddens por la comprensión, el *Verstehen* alemán, le lleva a postularlo en primer lugar no como un principio metodológico, sino como condición básica de lo social: «*Decir que hay que considerar Verstehen como una condición ontológica de la sociedad humana y no como un método específico del sociólogo o del historiador es afirmar que Verstehen constituye el medio por el que los actores ordinarios constituyen la vida social [...] La hermenéutica no constituye únicamente el coto privado del investigador social profesional, sino que la practica todo el mundo*» (PSTS, 258). La teoría de la estructuración evalúa así desde su mismo núcleo a los individuos como actores inteligentes y sumamente hábiles, cuya capacidad activa de conocer y producir es lo que posibilita la objetivación y la reproducción de los elementos estructurales de los sistemas sociales. Así, existe un corpus de conocimiento sobre la sociedad que, generado por los mismos actores sociales en un ejercicio de reflexividad de primer orden, forma parte de sus prácticas y, en último término, da lugar al mundo. Este reconocimiento nos lleva directamente al problema de la relación

entre el lenguaje social lego y el metalenguaje científico de la sociología, representaciones complementarias y frecuentemente opuestas sobre ese mundo producido.

Como reconoce Giddens, este problema ha sido abordado explícitamente en la teoría sociológica contemporánea por la sociología de raigambre fenomenológica y, en un nivel más pragmático, por la escuela etnometodológica. La etnometodología, proyecto de una metodología de investigación empírica formulado con ánimo de controversia en el libro fundacional de Garfinkel *Studies in Ethnomethodology* (1967), se construyó más como un ataque a los presupuestos parsonianos de la teoría de la acción que como una perspectiva positiva; según Garfinkel, la caracterización que Parsons realiza de los actores sociales como sujetos internalizadores de normas, al tiempo que éstas permanecerían opacas e inaccesibles a la reflexión de los individuos, equivale a tratarles como «*idiotas que juzgan*» (Garfinkel, 1967: 68), sujetos a la determinación de un orden normativo inaccesible a su conciencia. Este *homo sociologicus* carecería de competencia para conocer su propio estado epistemológico y moral, pues el proceso de internalización de valores que lo constituye le imposibilita para ejercer cualquier clase de cognición reflexiva. Desde un enfoque opuesto, Garfinkel pretendió recuperar en su teoría la relevancia inmediata del punto de vista de los propios actores, que consideran su conducta como libre y que utilizan constantemente su conocimiento del mundo social «*para reconocer, producir y reproducir las acciones sociales y las estructuras sociales*» (Heritage, 1998: 292). La nueva perspectiva propondría la integración en un mismo análisis de la cuestión de la acción y la cuestión del conocimiento de los actores, y de un modo más radical, la subsunción de toda la acción bajo los actos de conocimiento que los sujetos realizan para orientarse en el mundo. Para ello, Garfinkel proponía un programa de estudio de la vida cotidiana y de los procesos de construcción de la situación en contextos de interacción inmediata.

El afán polémico y la relativa pobreza teórica de los conceptos formulados al amparo de esta escuela condenaron a la etnometodología a ser poco más que flor de un día, arma arrojada contra la ya tambaleante arquitectura conceptual erigida por Parsons y el estructural-funcionalismo<sup>2</sup>. El exilio o deriva de la etnometodología hacia terrenos secundarios la condujo a principios de los años ochenta a encontrar cobijo bajo la sociología del conocimiento científico. Amparándose en el radicalismo relativista del Programa Fuerte, Garfinkel y algunos seguidores aplicaron su aparato analítico a los estudios de vida en el laboratorio y al análisis del discurso científico<sup>3</sup>. Perdida su especificidad entre las diferentes variantes

<sup>2</sup> En España, de hecho, *Studies in Ethnomethodology* no ha llegado ni a ser traducido.

<sup>3</sup> H. Garfinkel, M. Lynch y E. Livingston (1994), «El orden temporal en el trabajo de laboratorio», en T. González, C. Torres, J. Iranzo, A. Cotillo y R. Blanco (eds.), *Sociología de la ciencia y la tecnología*, CSIC, Madrid; S. Woolgar (1991), *Ciencia. Abriendo la caja negra*, Anthropos, Barcelona; G. N. Gilbert y M. Mulkay (1984), *Opening Pandora's Box: A sociological analysis of scientists' discourse*, Cambridge University Press, Cambridge.

de los estudios sociales de la ciencia, no parece haber quedado de la etnometodología más que la utilización académica de los «experimentos con la confianza» de Garfinkel como ejemplos didácticos del orden sociológico subyacente en la vida cotidiana.

De hecho, en esta forma ilustrativa es en la que Giddens suele citar expresamente en sus trabajos a Garfinkel y la etnometodología. Sin embargo, y más allá de la influencia que el análisis etnomotodológico de las reglas de la interacción tenga en la formulación de la estructura como un conjunto de reglas que vimos anteriormente, en varios lugares, Giddens se ha ocupado más extensamente de la etnometodología como cuerpo de teoría. En *Las nuevas reglas del método sociológico* y en un artículo posterior publicado en castellano en *Política, sociología y teoría social*, Giddens afronta una evaluación crítica de la perspectiva desarrollada por Garfinkel. Las críticas de Giddens a la etnometodología y las propuestas que plantea como solución nos servirán, dada la especial cercanía de ambas perspectivas al problema del conocimiento de los actores sociales, para delinear algunos de los principales problemas que la reflexividad constitutiva de su objeto de estudio plantea a la ciencia social.

## 2. GIDDENS Y LA ETNOMETODOLOGÍA

*Las nuevas reglas del método sociológico* (1976), libro que ya desde su título parece haber querido señalar el cambio de dirección del péndulo de la teoría sociológica, recapitulando las correcciones del giro constructivista al paradigma sociológico clásico pero alineándose tácitamente en continuidad con esta ruptura, comienza con una crítica «positiva» (constructiva) de lo que Giddens denomina «sociologías interpretativas». Schutz y la sociología fenomenológica, Winch, la hermenéutica gadameriana, Apel y Habermas son objeto de lectura y evaluación por parte de Giddens, que trata de recuperar de cada una de estas escuelas ideas y conceptos que le sirvan como base para desarrollar algunas de las implicaciones que las exploraciones de raigambre hermenéutica tienen para el método sociológico clásico. Entre estas sociologías interpretativas se encuentra asimismo la etnometodología.

Al contrario que una gran mayoría de teóricos, Giddens quiere valorar positivamente el proyecto etnometodológico. Sorprendentemente, dice Giddens, a pesar de hundir sus raíces en dos escuelas filosóficas «agonizantes» (la fenomenología y la filosofía británica del lenguaje ordinario), es posible encontrar en los escritos de Garfinkel, Cicourel y los etnometodólogos algunos elementos estimulantes. Sin embargo, la filiación de la etnometodología la condena a una querencia excesiva, y casi única, por «*el estudio de la vida cotidiana, el mundo del lego en oposición al mundo del científico*» (NRMS, 35), estableciendo por ello

una distancia insalvable entre ambos mundos; este aspecto es al que se dirigirán esencialmente las críticas de Giddens.

Al instalar su perspectiva de análisis en el terreno de la vida cotidiana, la etnometodología trata de hacer visibles los procedimientos que los individuos utilizan para razonar sus acciones; lo que le importa a Garfinkel, como éste repite una y otra vez en sus estudios, es la «explicabilidad» de la acción. Esta explicabilidad o analizabilidad [*accountability*] de la acción consiste en la percepción construida de la situación como inteligible mediante el uso que los actores hacen de todo un conjunto de procedimientos interpretativos. Mediante estas prácticas de explicitación, que se apoyan en la reflexividad esencial que recorre toda acción humana, los miembros de un determinado grupo «*convierten en familiares actividades cotidianas reconocidas como familiares*» (Garfinkel, 1967: 9): una situación se normaliza cuando es reconocida como normal. Hay así en todos los miembros de la sociedad, dice Garfinkel, una racionalidad sociológica, una sociología «lega» [*lay sociology*] que actúa reflexivamente sobre la realidad en un doble proceso: al tiempo que hace comprensibles las actividades sociales cotidianas/normalizadas, las constituye activamente mediante las mismas prácticas de explicitación. Garfinkel lo expresa en la proposición de que «*las actividades mediante las cuales los miembros de una colectividad producen y controlan situaciones de actividades cotidianas organizadas son idénticas a los procedimientos que dichos miembros utilizan para hacer estos contextos explicables*» (Garfinkel, 1967: 1). No existe ninguna diferencia entre una acción y la explicación de esa acción o, tal y como lo formula Heritage, «*las explicaciones, por consiguiente, no representan el término de la investigación sociológica, sino que son un punto de partida*» (Heritage, 1998: 322).

Esta continua remisión de la realidad a su descripción y la importancia en el análisis etnometodológico de la contextualización espacio-temporal culminan en la utilización generalizada del concepto lingüístico de «indexalidad», que hace referencia al distinto significado que una misma palabra adquiere en contextos diferentes. Sin embargo, como critica con razón Giddens, esta expresión es utilizada por Garfinkel antojadizamente y sin llegar a fijar su sentido práctico: «*Muchas palabras dependen para su sentido de aspectos de la situación inmediata en las que son pronunciadas. Garfinkel trabaja sobre esta base desde ambos extremos*» (NRMS, 43). Este doble juego es el que permite a Garfinkel asumir siempre las implicaciones más relativistas de sus estudios, pero le condena asimismo al encierro en el círculo hermenéutico y a una no elucidación de las bases epistemológicas de su teoría.

A partir de la proyección de las expresiones indexales a todo el lenguaje, Garfinkel pretende demostrar la inconmensurabilidad de los diferentes dialectos, entendidos siempre como situacionales. Giddens recupera un temprano artículo de Garfinkel en el que éste analiza las ideas de Schutz sobre la racionalidad y trata de ampliarlas, aplicándolas sobre la mis-

ma sociología<sup>4</sup>. En este trabajo, Garfinkel emprende una crítica feroz al lenguaje sociológico, que entiende como «un dialecto de sociólogos», esencialmente idéntico en su forma indexal al sentido común, pero con una exigencia de racionalidad expresa de la que el lenguaje cotidiano carece. La racionalidad científica implica la suspensión de la creencia de que las cosas son lo que parecen ser, suspensión que no se produce en las interacciones cotidianas y que ha conducido a la sociología a interpretar amplias parcelas de las actividades sociales como «irracionales». Las actitudes del científico y del lego aparecen así como opuestas e irreconciliables. Del mismo modo, las teorías que producen sobre la sociedad resultarían imposibles de integrar, aconsejando la etnometodología desviar la atención hacia los procesos de construcción del sentido en la vida cotidiana y abandonar los prejuicios cientifistas que impiden la correcta aprehensión de la racionalidad común en los fenómenos de interacción social. Giddens critica con decisión esta fractura radical entre ambos procesos de conocimiento y, como veremos inmediatamente, aboga por un principio de integración y acercamiento.

En un artículo posterior, Giddens realiza un nuevo repaso crítico de la etnometodología. Alineándola con las escuelas de sociología interpretativa y la hermenéutica europea en una misma corriente de recuperación de la idea de *Verstehen*, Giddens distingue cinco temas en los textos de los partidarios de la etnometodología que resultan de relevancia para la teoría social: 1) La trascendencia de la noción de acción. 2) La reflexividad de los actores sociales, integrada en la teoría positivamente y no como un residuo que el investigador debiera superar. 3) El lenguaje, entendido como un elemento central de lo práctico, como «un medio para la actividad práctica»: la etnometodología hace hincapié en la comprensión del lenguaje a través de su uso social y, por tanto, saca a colación la relación entre el lenguaje sociológico y el común: «*El lenguaje ordinario no constituye por tanto un tema más a analizar, sino que es un recurso del que todo observador sociológico o antropológico se debe servir para ganar el acceso a su "objeto investigable"*» (PSTS, 254). 4) La contextualización espacio-temporal de la acción. 5) El tema de lo tácito, lo *taken for granted*: ésta es la vinculación de Garfinkel con Schutz y la fenomenología. El principal hallazgo de la etnometodología es así, según Giddens, la insistencia en la comprensión, en *Verstehen*, no como un método para las ciencias sociales, sino como el mecanismo rutinario de orientación en y de construcción de la vida social: todo actor es un teórico social práctico.

Si éstos son los elementos que Giddens considera positivos de la etnometodología, sus críticas se dirigirán a la específica articulación entre todos estos temas. Sorprendentemente, la crítica de Giddens no es de subjetivismo, como normalmente se ha hecho, ya que

<sup>4</sup> H. Garfinkel, «The rational properties of scientific and common sense activities», reimpresso en Garfinkel (1967). Este artículo también fue analizado por José Jiménez Blanco en el importante libro (para la sociología española) *Teoría Sociológica Contemporánea* (Jiménez Blanco, 1978).

considera que el énfasis etnometodológico en la producción *colectiva* de significados le permite superarlo. En *Las nuevas reglas del método sociológico*, Giddens planteará dos objeciones principales a la etnometodología: 1) no es lógicamente defendible la oposición radical entre las racionalidades del científico y las del lego, que la etnometodología postula de una manera fuerte como razones opuestas (NRMS, 40), y 2) la etnometodología limita su descripción de la realidad social a los contextos de interacción y copresencia cotidianas, lo que le impide entender la acción como una conducta con propósito y hacer justicia a los factores estructurales (NRMS, 41). Estas críticas se repetirán en el otro artículo que estamos utilizando, y Giddens añadirá aún una tercera: 3) la etnometodología carece de una elucidación plausible del sentido común (PSTS, 262). Trataremos ahora con un poco más de detenimiento estas críticas, exponiendo las soluciones que Giddens propone a través de la teoría de la estructuración.

La primera de estas críticas apunta a la ruptura epistemológica entre la racionalidad del sociólogo y la del actor lego. Esta escisión brutal y radical sirve a Garfinkel para argumentar una actitud de «indiferencia etnometodológica» respecto de los objetivos de la sociología, y por tanto una renuncia a establecer ningún tipo de relación constructiva entre los conceptos sociológicos y los del sentido común. Giddens no acepta el carácter excluyente de esta oposición: hace falta, para hacer comprensibles las acciones y las explicaciones de ellas que aportan los individuos, introducir en la investigación componentes de la estrategia científica: «*Ciertos elementos de lo que Garfinkel llama "racionalidades científicas" son necesarios al dar una explicación de la explicabilidad de las acciones, o sea, al hacer inteligible su inteligibilidad [...] estos elementos deben estar conectados con los de los mismos actores legos, o el resultado será un relativismo incurable*» (NRMS, 40). Pero igualmente es necesario recurrir en la investigación empírica al «momento etnográfico» (CS, 310): lo que Giddens propone es la circularidad entre ambas series de conceptos como un modo de garantizar la traducción hermenéutica que permita a la sociología mediar entre los marcos de sentido con los que los individuos orientan su conducta. Esto responde a la importante noción de «doble hermenéutica», a la que Giddens recurre una y otra vez.

Giddens acepta, como vimos, el punto de partida de Garfinkel: recuperar la importancia del propio punto de vista del actor sobre su situación. Las dos primeras de las «nuevas reglas del método», de hecho, rezan: «*La sociología no se ocupa de un universo pre-dado, sino de uno que está constituido o es producido por los procedimientos activos de los sujetos*» y «*La producción y reproducción de la sociedad ha de ser considerada como una realización diestra por parte de sus miembros*» (NRMS, 163-164), remitiendo claramente a la etnometodología. Pero a través del juego de espejos de la doble hermenéutica, Giddens trata de llegar más allá de la etnometodología, proponiendo una circularidad virtuosa. Al contrario que la cesura total que quiere establecer Garfinkel, Giddens entiende que estas cuestiones

revierten positivamente sobre la ciencia social y nos obligan a tener muy en cuenta dos cosas: por un lado, «*las Ciencias Sociales acceden a un ámbito de realidad “preinterpretado” o constituido reflexivamente (en parte), y encuentran así un marco de sentido, que deben asimilar y (re)interpretar*» (García Selgas, 1992: 370). En otro texto reciente, Giddens irá tan lejos como para decir que «*los conceptos técnicos de las ciencias sociales son, y deben ser, parasitarios de los conceptos profanos*» (DS, 32). Es decir, entre los *objetos* de la ciencia social se encuentran los marcos interpretativos de los sujetos, pero esta relación es bastante más compleja, pues, de modo inverso, la sociología parece encontrarse también entre los objetos del conocimiento mutuo, resultando necesario por tanto articular modos de compenetración entre ambos. Por otro lado, al pretender modificar ese conocimiento, la sociología modifica la realidad que estudia: la vocación crítica de la ciencia social, que Giddens pretende a toda costa conservar, encuentra así un apoyo en la especial relación establecida con su objeto de estudio.

La segunda crítica de Giddens, más general, se dirige a las carencias de análisis estructural de la etnometodología; el proyecto etnometodológico, al limitarse al análisis de la explicabilidad situacional de las acciones lingüísticas, concibe la acción-conversación como un ente desencarnado, puro y cerrado en sí mismo; impide asignar a la conducta un propósito y una dirección, al igual que pasa por alto la cuestión del poder y de la estructura. La solución de Giddens es utilizar la etnometodología, junto con otras realizaciones de lo que llama sociologías interpretativas (Winch, Schutz) y estudios sobre la vida cotidiana (Goffman, principalmente), como parte de un proceso de construcción de una teoría social más general y más sintética. La etnometodología nos aclara determinados aspectos de la vida cotidiana, especialmente en relación con el lenguaje utilizado en la interacción cara a cara y sus implicaciones para la elucidación de la situación, pero tiene un concepto demasiado restringido de lo que es la vida cotidiana, pues la desconecta de los procesos más amplios y la acota a la conversación trivial.

La última crítica hace referencia a la carencia de una elucidación del sentido común: «*El error de muchos de los que han recibido la influencia de los textos etnometodológicos consiste en suponer que el sentido común carece de ningún otro sentido*» (PSTS, 262). Según Giddens, el sentido común puede y debe estudiarse y ser objeto del análisis sociológico. Dentro del esquema general de la acción que tiene la teoría de la estructuración, Giddens trata de llegar a una distinción entre sentido común y saber mutuo: pareciera que Giddens fuera a proyectar esta dicotomía sobre la diferenciación entre conciencia práctica y conciencia discursiva con la que construye su modelo del actor, pero la diferencia que establece entre ambas no es una sustantiva, sino analítica (CPST, 250-253). Es decir, cualquier tipo de creencia o conocimiento que sostengan los actores puede ser contemplado de dos formas. Entendida como saber mutuo, el analista debe dejar en suspenso (al estilo

de la indiferencia etnometodológica o de una suspensión etnográfica) su opinión o crítica sobre la validez del conocimiento, y limitarse a entenderlo como un saber con sentido dentro de una determinada forma de vida. Desde este punto de vista, Giddens sostiene que es más conveniente hablar de «saber» que de «creencia», denotando así «*el necesario respeto que el analista social debe tener por la autenticidad de una creencia o por la apertura hermenéutica en la definición de una vida social*» (CS, 359). Tratar un enunciado o un sistema de conocimiento sostenido por determinados actores bajo la etiqueta de «conocimiento mutuo» supone, pues, reconstruir el papel que cumple dentro de los procesos sociales que estamos estudiando; el conocimiento lego es así introducido como un dato más en la indagación sociológica; dato crucial, no obstante, ya que a través de su introducción en la investigación las conductas de los sujetos son reconstruidas en el interior del campo de sentido que los mismos sujetos asignan a su acción. Entendido como sentido común, este mismo saber se ve sometido a crítica en cuanto a su consistencia interna y externa, es decir, en cuanto a su verdad o validez. Esto es, al caracterizar la explicación que un actor social realiza de sus conductas como «creencias», el investigador pretende referirse a la carencia de una fundamentación lógica adecuada en las bases proposicionales implícitas en la serie de enunciados. Esta postura implica una superioridad epistemológica del investigador social, que es capaz, tras haber elucidado el papel de la creencia en la acción del sujeto y en el conjunto de conductas que componen el fenómeno estudiado, de poner en entredicho la justificación de la misma. El papel que aquí se asigna al investigador es crítico antes que descriptivo. La separación entre sentido común y saber mutuo es así una operación metodológica: la «puesta entre paréntesis» de la validez de la justificación ofrecida, en el caso del conocimiento mutuo, o la producción de un juicio crítico sobre ellas, en el del sentido común. Sin embargo, Giddens pone de manifiesto que esta separación analítica no responde a la preferencia por una u otra estrategia en la labor del investigador: ambas son necesarias, y de hecho, en una perspectiva integral, la del «*descubrimiento de la significación del conocimiento mutuo*» (PSTS, 252), la una *implica* la otra.

### 3. CONCLUSIONES

Recuperando la propuesta de la etnometodología de basar la teoría social en el conocimiento mutuo que sostienen los actores sociales, la teoría de la estructuración de Giddens soluciona bastantes de los equívocos y contradicciones a los que esta escuela sucumbió. Sin embargo, como vimos, los factores estructurales con los que Giddens pretende reconstruir las aportaciones de las sociologías interpretativas son abordados a partir del hecho fundamental de la acción. Esta tendencia hacia lo comprensivo y el nominalismo que se percibe en la obra de Giddens, y que hasta cierto punto contradice la exigencia expresa de equilibrio y síntesis que él mismo manifiesta continuamente, marca, no obstante, la posibi-

lidad de desarrollo y movimiento de la teoría. El equilibrio total, la falta de tensión entre las dos perspectivas sociológicas básicas de nominalismo y realismo, supondría quizá la parálisis y la esterilidad teórica, como la terrorífica imagen del Mar de los Sargazos evocada por Lévi-Strauss: «*Los vientos propios de cada hemisferio se detienen a uno y otro lado de esta zona donde las velas, sin un hálito para animarlas, colgaban durante semanas. El aire es tan inmóvil que uno cree estar no en alta mar, sino en un espacio cerrado*» (Lévi-Strauss, 1999: 141).

Es el factor de la cognición reflexiva de los agentes el que proporciona el hálito a la teoría de Giddens, y el que nos ha permitido compararla con la etnometodología desde su propio terreno. La teoría de la estructuración nos dota así de un marco conceptual apropiado para afrontar las dificultades de la compleja relación entre nuestras teorías y las que construyen los propios sujetos sobre su vida social, a través de la idea de la doble hermenéutica. Pero la postergación de los elementos estructurales en su edificio teórico aleja, hasta cierto punto, de la construcción conceptual básica de Giddens el problema de la ideología. Aunque éste es un tema que Giddens ha abordado (CPST, 165-198), creemos que no le ha sido dado el asiento necesario en la misma estructuración del saber común y también del sociológico: en la relación entre ambos, la ideología constituye el convidado de piedra, el tercero excluido. El estudio explícito de la importancia de la ideología en la constitución básica del conocimiento fortalecería la capacidad explicativa de la idea de estructuración, pues reinstauraría el poder, factor estructural por excelencia, al corazón de las prácticas de conocimiento que dan lugar a la sociedad. Esta operación de recuperación fuerte de los factores estructurales e ideológicos parece especialmente necesaria en un momento histórico en el cual el capitalismo de consumo pretende representarse a sí mismo, a través de las voces de sociólogos, economistas y gabinetes de análisis político, como «sociedad del conocimiento».

Reconociendo, pues, la importancia y potencia analítica de la selva conceptual desarrollada por Giddens, encontramos en el interior de la teoría de la estructuración campos que deberían ser desarrollados con una mayor amplitud, y en concreto, en lo que toca a nuestro tema, principalmente dos: la distinción entre los diferentes tipos de saber que poseen los actores sociales y la resolución metodológica de los conceptos teóricos.

En primer lugar, la diferenciación que Giddens hace entre sentido común y saber mutuo, como vimos, no encaja sobre el esquema de la acción que adapta de la primera tópica freudiana (conciencia discursiva, conciencia práctica e inconsciente), sino que resulta en una operación metodológica que responde a la suspensión o no de la validación del conocimiento. Pero esta distinción puede sin problemas proyectarse sobre la oposición entre conciencia discursiva y conciencia práctica. Mientras el sentido común responde a opera-

ciones cercanas a lo preconsciente cuyo fin es la orientación práctica en el mundo, dependiendo de una formalización muy difusa y una baja sistematización que impiden su conversión en un discurso, el saber mutuo, con un nivel mucho mayor de articulación interna, concentraría los discursos conscientes, formalmente elaborados, que los individuos producen para fines no tan cercanos a la acción inmediata. Estos dos mismos niveles pueden ser asimismo descritos en el campo del saber científico y sociológico; la ideología cumpliría un papel diferente en la producción de ambas clases de saber. Como anunciamos al principio del artículo, el término «etnosociología» nos parece más pertinente para rotular el conocimiento mutuo en su doble oposición frente al sentido común y a la sociología, y esto por dos razones. Por un lado, el paralelismo con la sociología que Giddens establece mediante el mecanismo de la doble hermenéutica queda subrayado en la misma denominación. Ponemos así de manifiesto que, como muestran los análisis de Lamo de Espinosa sobre la reflexividad (Lamo de Espinosa, 1990), la doble hermenéutica no es tanto una cuestión teórica, sino un fenómeno fáctico que se produce continuamente en la relación entre la sociología y los actores sociales. Por otro lado, el término «etnosociología» llama la atención sobre un proceso histórico del pensamiento lego: al igual que el desarrollo de la sociología en Occidente supone la cientifización de la indagación teórica sobre la sociedad, el conocimiento legitimado de los actores sociales de las sociedades avanzadas se ve cada vez más sujeto a exigencias de justificación científica (cuando menos en su apariencia). Incluso el campo de lo «irracional» —lo religioso, lo paranormal, etc.— necesita adquirir una forma respetuosa con los requerimientos científicos básicos. Este proceso no significa necesariamente una mayor adecuación del pensamiento lego respecto de la realidad, pero sí apunta a un cambio en sus formas de manifestación, de acuerdo con la expansión general de las instituciones y modelos científicos.

En segundo lugar, como señala Nicky Gregson (Gregson, 1989), la indeterminación metodológica de la teoría de la estructuración la vuelve hasta cierto punto irrelevante para la investigación empírica. La relación de Giddens con el plano de la práctica empírica parece estar llena de contradicciones: si bien en ocasiones afirma que «*la teoría de la estructuración no tendría gran valor si no ayudara a esclarecer problemas de investigación empírica*» (CS, 30), otras veces (Giddens, 1989: 294-296) sitúa su teoría en un plano de «autonomía relativa» respecto de la práctica efectiva de la investigación social. La abstracción de los conceptos empleados por Giddens no permite su fácil adaptación a los requerimientos del trabajo empírico; esta generalidad, combinada con la indeterminación de la teoría de la estructuración sobre la metodología más apropiada para la realización de estudios sociológicos<sup>5</sup>, supone en el fondo una renuncia implícita a conectar la teoría de la estructuración y la empi-

<sup>5</sup> Mediante esta indeterminación, Giddens pretende situarse, también en el plano de lo empírico, en un terreno intermedio; lo que trata de superar es la oposición clásica entre cuantitativo y cualitativo.

ria. Sin embargo, en relación al tema que nos ocupa, la resolución metodológica parece bastante clara, siguiendo la lógica comprensiva del propio Giddens: el estudio de la etnosociología en tanto conciencia discursiva, y por lo tanto como operación activa de producción de significados sociológicos en el discurso, no puede ser abordado desde los métodos cuantitativos de la familia de la encuesta, que solamente son capaces de detectar la mayor o menor adhesión a los enunciados propuestos por el investigador. Además, el proceso de doble hermenéutica se ve sustituido aquí por una superioridad epistemológica insalvable del sociólogo sobre su objeto de estudio. La introducción de la etnosociología en las investigaciones solamente puede producirse por medio de métodos comprensivos, que analicen la producción de los discursos del conocimiento mutuo a través de un diálogo cualitativo con los conceptos manipulados por los actores sociales<sup>6</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARCHER, M. (1990): «Human Agency and Social Structure: a critique of Giddens», en J. Clark, C. Modgil y S. Modgil (eds.), *Anthony Giddens. Consensus and Controversy*, London, Falmen Press.
- BAUMAN, Z. (1989): «Hermeneutics and modern social theory», en Held y Thompson (1989).
- COULON (1988): *La etnometodología*, Madrid, Cátedra.
- GARCÍA SELGAS, F. J. (1992): «Doble hermenéutica y teoría crítica», en C. Moya, A. Pérez-Agote, J. Salcedo y J. F. Tezanos (comps.), *Escritos de Teoría Sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, CIS.
- (1994): *Teoría y Metateoría Hoy. El caso de Anthony Giddens*, Madrid, CIS.
- GARFINKEL, H. (1967): *Studies in Ethnomethodology*, New Jersey, Prentice Hall.
- GIDDENS, A. (1979): *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, London, MacMillan Press.
- (1987): *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1989): «A reply to my critics», en Held y Thompson (1989).
- (1995): *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2001a): *Política, sociología y teoría social: Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, Barcelona, Paidós.
- (2001b): *En defensa de la sociología*, Madrid, Alianza Editorial.
- GREGSON, N. (1989): «On the (i)rrelevance of structuration theory to empirical research», en Held y Thompson (1989).
- HELD, D., y THOMPSON, J. (eds.) (1989): *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and his critics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HERITAGE, J. (1984): *Garfinkel and Ethnomethodology*, Cambridge, Polity Press.

<sup>6</sup> El grupo de discusión parece aquí una técnica privilegiada: consultar Ibáñez (2000).

- HERITAGE, J. (1998): «Etnometodología», en A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza Universidad.
- IBÁÑEZ, J. (2000): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*, Madrid, Siglo XXI.
- JIMÉNEZ BLANCO, J. (1978): «Weber, Schutz y Garfinkel sobre racionalidad», en J. Jiménez Blanco y C. Moya (eds.), *Teoría Sociológica Contemporánea*, Madrid, Tecnos.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1990): *La sociedad reflexiva*, Madrid, CIS.
- LAMO DE ESPINOSA, E.; GONZÁLEZ GARCÍA, J. M., y TORRES, C. (1994): *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Madrid, Alianza.
- LIVINGSTON, E. (1987): *Making Sense of Ethnomethodology*, London, Routledge.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1999): *Tristes Trópicos*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- THOMPSON, J. B. (1989): «The Theory of Structuration», en Held y Thompson (1989).
- WATSON, G. (1992): «Introduction», en R. Seiler y G. Watson (eds.), *Text in Context. Contributions to Ethnomethodology*, Newbury Park, Sage Publications.

---

 ABSTRACT

The problematical relationship that should be established between theories and models of scientific sociology and those that are shared by social actors, and which Giddens names «mutual knowledge», has traditionally concerned the social sciences. This article examines the issues that have arisen out of this conflict of portrayals of society through the comparison made between two theoretical viewpoints that are heavily influenced by the hermeneutic turnabout of social theory. Taking as a point of departure the appraisal made by Anthony Giddens regarding the truths and errors of ethnomethodology, some of the ideas that the theory of structuration poses in respect of the role played by the knowledge that individuals share about social reality shall be stated. Lastly, after explaining certain criticisms of Giddens' programme, the use of the term «ethnoscology» is proposed as a manner of giving form to this dual hermeneutics.

---